La filosofía y la educación

Por Lácides Martínez Avila

POR ESO CONSIDERAMOS QUE EL CICLO DE EDUCACIÓN BÁSICA DEBE ESTAR ENCAMINADO, FUNDAMENTALMENTE, A LA FORMACIÓN ÉTICA Y HUMANÍSTICA. NO SIGNIFICA ELLO QUE DURANTE DICHO CICLO SE DEBAN DESECHAR U OMITIR LOS DEMÁS TÓPICOS DEL SABER. ¡DE NINGUNA MANERA!

La educación ha sido, desde los tiempos antiguos, materia de especial preocupación de los filósofos. Muy conocida es aquella frase de Pitágoras que dice: «Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres». Especialmente, a partir de Sócrates y de los sofistas, tiene lugar un mayor interés filosófico por la educación. Sócrates afirmó: «Todo cuanto suceda en la casa paterna se desenvolverá de acuerdo con la educación de los hijos». Los distintos discípulos de Sócrates se refirieron en sus discursos, de una u otra forma, a la educación. Así, por ejemplo, Critón dijo: «Hijos: o no tenerlos o esforzarse en criarlos y educarlos». Jenofonte aseveró: «A la educación se deben las buenas costumbres, y puede ser tal su influjo que éstas sean, por demás, las leyes en lo sucesivo». El cínico Crates de Tebas expresó: «¡Oh hombres! ¡a dónde os precipitáis afanados para acumular riquezas, al mismo tiempo que descuidáis la educación de vuestros hijos, a quienes debéis dejárselas!». Y así sucesivamente, los filósofos de la antigüedad solieron expresar ideas y conceptos sobre la educación.

Pero, por sobre todo, Platón dedicó considerable parte de su quehacer filosófico a la educación, concibiendo todo un sistema de la misma. En la «República» expone su teoría acerca de qué tipo de educación debe recibir el hombre en determinada época de su vida, y concluye que sólo aquellos que hayan logrado coronar la última etapa, la dialéctica, podrán consagrarse a la educación de la juventud cuando cumplan los cincuenta años de edad. Tal es la importancia que este gran pensador da a la labor educativa.

Desde un comienzo, los filósofos concibieron la educación como un medio de hacer sabios a los hombres, entendiendo por sabio el hombre virtuoso. Así, el fin de la educación sería, como lo dijera el mismo Platón, el de proporcionar al cuerpo y al alma toda la perfección de que son susceptibles. Pero, principalmente, la educación tendría un fin espiritual, ya que sólo la educación del espíritu haría hombres sabios.

El mismo Platón, sin embargo, en las «Leyes» imprime un matiz político al fin de la educación y considera que éste debe ser el de la formación moral de la persona dentro de las normas estatales y que la educación de los hijos debe darse bajo la inspección del Estado.

Ya en la época helenisticorromana, la educación posee, en términos generales, un carácter político, y su finalidad será la de formar buenos ciudadanos, servidores del Estado. «¿Cómo podemos beneficiar a nuestra patria que instruyendo y dirigiendo virtuosamente a nuestra juventud?», escribe Cicerón.

Puede decirse que por esta vía -la política- la educación entró al campo del pragmatismo y del utilitarismo, saliéndose de su originaria función espiritual, purificadora, catártica, pues de todos es sabido que el dominio y los intereses políticos son asaz variables y relativos: cada sistema político suele acomodar la educación a sus propios intereses y conveniencias.

Con el advenimiento, en los tiempos modernos, de la ciencia positiva y de la consiguiente y cada vez mayor industrialización de la sociedad, se acentuó aún más el carácter pragmático y utilitarista de la educación. A partir de entonces se ha hecho consistir el objetivo esencial de la educación en el formar **hacedores de cosas,** fabricadores de objetos materiales para el consumo o uso humano. En otras palabras, se ha fijado el fin de la educación en el trabajo. Se educa para enseñar a trabajar. En esto consiste, por ejemplo, la llamada educación comunista: en hacer comprender al individuo «el alto significado social del trabajo y que tenga conciencia de su deber ante el pueblo». He aquí un punto de coincidencia entre el comunismo y el capitalismo: el tener la educación como un método para producir técnicos y trabajadores.

En Colombia, esta tendencia ha encontrado eco desde hace muchos años. Pero ha sido en los últimos tiempos cuando ha tomado más cuerpo dentro de las políticas educativas oficiales. Actualmente lo que predomina en los programas curriculares es el objetivo de producir trabajadores, más que pensadores u hombres de bien, en el sentido ético y espiritual de la expresión. Dicho de otro modo, nuestro sistema educativo, hoy por hoy, está orientado más a la capacitación profesional que a la formación humanística. Se matiza este hecho con la consigna de una «formación integral» que supuestamente cobija todos los aspectos de la personalidad del alumno. Pero, en realidad, lo que prevalece es una enseñanza de la capacitación técnica, manual y hasta política, para habérselas con el medio material circundante. Lo que se da es, como lo dijera alguien, más bien un amaestramiento, en vez de una verdadera educación, en el sentido auténtico y genuino de la palabra, una educación que condujera al individuo a su superación espiritual y al afianzamiento de los más altos valores éticos.

Recientemente se celebró en la ciudad de Cartagena una reunión de ministros de educación americanos, y, entre los criterios generales que allí se precisaron para la «modernización de los sistemas educativos en América Latina», está el «desarrollar en toda la población una mayor cultura **científico-tecnológica,** sustentada en una actitud inquisitiva e indagatoria en el análisis y la resolución de los problemas, con una dimensión participativa y pluralista en la construcción del conocimiento y comprometida con el trabajo común y con la necesidad de aportar para la transformación de la sociedad». Y así mismo se señaló como necesidad de la educación superior: «impulsar en las instituciones universitarias una mayor capacidad de producir **ciencia y tecnología,** que complemente su rol de formación de profesionales».

Esto nos demuestra el interés pragmático y utilitarista del Estado en materia educativa, interés que, como ya se dijo, no es nuevo, sino que ha predominado a lo largo del presente siglo. Ya en el dilúculo de éste, el caudillo político Rafael Uribe Uribe aconsejaba a los redactores de la revista «Albores» de Manizales (quienes le habían solicitado les colaborara con sus escritos) que dejaran la revista, que dejaran la literatura y que se dedicaran a otro oficio, y agregaba que, si los creyera más serios y más hombres de aventura, les propondría que trabajasen en la resolución de problemas industriales.

Tal parece ser también, hoy en día, la consigna, de quienes preparan e implantan los modelos educativos en el país, desde el nivel primario hasta el nivel superior. No se trata de otra cosa de lo que podríamos llamar la deshumanización de la educación, pues se pretende llevar ésta únicamente al campo de lo tecnocientífico, olvidando que, si bien la ciencia y la técnica son importantes -nadie lo niega-, más lo son las humanidades, es decir, aquellas disciplinas cuyo objeto fundamental es la esencia misma del hombre como «libertad que se piensa y que se hace».

El humanista Eduardo Santa ve en esta tendencia, refiriéndola a la educación superior, una finalidad política, que radica en hacer del profesional un mero productor de bienes y servicios, completamente deshumanizado y sin capacidad crítica, una especie de robot adiestrado para servir sumisamente a los patrones establecidos. «Deshumanizar la universidad, producir profesionales sin conciencia, parece ser la consigna de los 'nuevos bárbaros' del mundo tecnológico».

Por su parte, el filósofo Danilo Cruz Vélez ha descrito la técnica moderna como «una fuerza avasalladora» que, surgida del seno de las ciencias exactas, ha invadido todos los ámbitos de la realidad: no sólo la naturaleza inorgánica, sino también la vida orgánica, la vida social, la vida anímica y aun la vida espiritual. Y hace fundadas advertencias acerca de los diversos peligros a que esto puede conducir a la humanidad. Entre los efectos más graves del imperio de la técnica, según este preclaro pensador colombiano, tenemos el empobrecimiento cognoscitivo del hombre y hasta de su propio ser: «La ciencia en que se funda la técnica moderna -dice- reduce lo real a un sistema de magnitudes espaciales y temporales que dejan por fuera las cualidades no cuantificables. Por lo demás, al conocimiento que está al servicio de la técnica no le interesa el ser de las cosas, sino cómo funcionan. El ser mismo del hombre también se recorta y empobrece. Al desarrollarse en él predominantemente su aptitud para la planeación y el cálculo y sus habilidades manuales, tal como lo exige la técnica, su vida interior, su actividad emocional, su fantasía creadora de mitos y su impulso metafísico se atrofian».

Como el propósito del presente artículo no es el de rechazar la técnica ni negar la serie de comodidades originadas por ella, fuerza es aclarar que una educación auténtica no se opone de ninguna manera a la enseñanza tecnocientífica. Antes bien, la exige y la promueve. Pero eso sí, jamás de los jamases la pondrá por encima de la formación humanística y espiritual. Por el contrario, la supeditará siempre a ésta.

Por tal razón, conceptuamos que un verdadero y deseable sistema educativo en Colombia sería aquel que destinase los nueve años de enseñanza básica primordialmente a inculcar y cimentar en el menor los valores éticos y humanísticos, haciendo mayor énfasis en los deberes que en los derechos, a la inversa de lo que se hace actualmente, cuando todo parece indicar que estamos viviendo la cultura de los derechos (derechos del niño, derechos de la mujer, derechos por aquí, derechos por allá, derechos y más derechos), y nadie se acuerda ya de los deberes. Precisamente, durante la etapa de educación básica, debería hacérsele ver al niño que es preferible ser esclavo de los deberes que de los derechos.

Justo es reconocer, no obstante, que la actual y recién nacida Ley General de la Educación contempla entre los objetivos del nivel básico aspectos importantes de carácter humanístico. Pero así mismo no hay que olvidar que esto se ha dado siempre en todas las legislaciones educativas de nuestro país, mas no pasa de ser simple letra muerta, pues lo que se ve en la práctica, sobre todo de los últimos tiempos, no es otra cosa que una educación orientada a lo fáctico y utilitario.

Por eso consideramos que el ciclo de educación básica debe estar encaminado, fundamentalmente, a la formación ética y humanística. No significa ello que durante dicho ciclo se deban desechar u omitir los demás tópicos del saber. ¡De ninguna manera! Se le debe suministrar al estudiante una topografía general de las diversas áreas del conocimiento, pero el eje de la educación en esta etapa debe ser la formación humanística, ética y espiritual. Y ya en el ciclo de la educación superior deben enseñarse, entonces sí -como se está haciendo-, las disciplinas especializadas, sean del orden tecnológico o de cualquier otro orden, pero sin dejar de lado, bajo ningún pretexto, la formación humanística, sea cual fuere el tipo de carrera o facultad. Lo importante es que, al llegar a esta etapa superior, el estudiante ya traiga una sólida base axiológica y filosófica que lo hagan resistente a los embates deshumanizantes de la técnica.

Citemos, para concluir este análisis, lo que en igual sentido sostuvo Aristóteles: «El valor de un hombre no está dado por lo que tiene, ni por lo que hace, ni aun por lo que sabe, sino por lo que es en sí mismo». Es, entonces, el ser y no el hacer lo que se debe cultivar, desarrollar y perfeccionar en el niño o el adolescente, a través de la educación, para que llegue a ser un hombre de verdadera valía.

